

# «Nadie que conociera a mi hermano le habría podido matar»

**25 años. Carmen Cano cuenta por vez primera la historia de su hermano Francisco, un edil del PP en Viladecavalls, que era fontanero, y al que ETA asesinó**

JESÚS J. HERNÁNDEZ



Francisco Cano no era uno de esos hombres que dejan que las cosas vayan mal sin inmutarse. Hay una anécdota que le retrata. «Vivía entre Viladecavalls y Tarrasa. Los vecinos llamaban a la pizzería y los repartidores no podían llegar porque quedaba en zona de nadie entre dos municipios. Tenían que bajar siete u ocho calles y allí la gente se quedaba esperando para recoger sus pedidos», cuenta su hermana María. Mucha gente tenía que esperar allí pero fue él quien se plantó en el Ayuntamiento y pidió hablar con el alcalde para pedirle un convenio que permitiera no dejar desatendidos a los vecinos. «Encárgate tú que tienes más tiempo, haz un documento y lo firmaremos», le dijo el regidor. Y él lo hizo. Así entró en política Paco Cano, que se convertiría en concejal del PP en Viladecavalls y que fue asesinado por ETA el 14 de diciembre del año 2000. Hizo ayer 25 años.

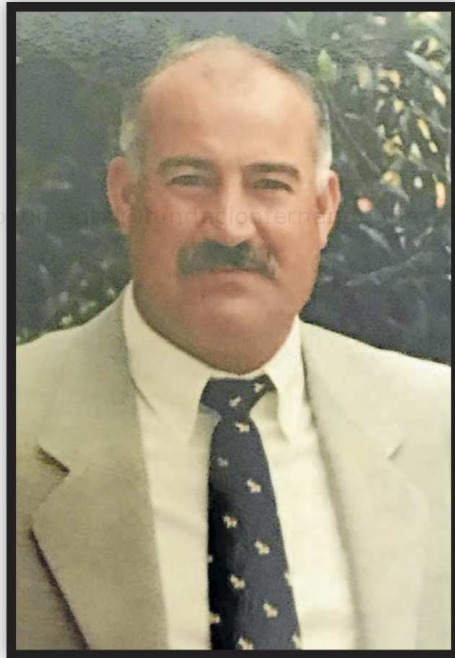
Lo cuenta María Cano, una de sus hermanas, y se emociona mucho porque es la primera vez que ofrece su testimonio en un medio de comunicación. «No puedo de-

jar de llorar cuando hablo de él», confiesa. Hace un esfuerzo para que se escuche su historia, la de su hermano 'Paquito' —siempre le llamaban así en casa, para los amigos era Paco y para casi nadie Francisco—, que «era muy buena persona y al que nadie que le conociera le habría podido matar».

Era fontanero. Había empezado con un pequeño negocio que compartía con un socio en la planta baja de la casa de su madre. Había tajo y la Fontanería Tapia Cano pronto tuvo varios trabajadores. Cada mañana, charlaba un buen rato con su madre antes de empezar la jornada. A veces ella se preocupaba. «ETA está matando mucho», le dijo en una ocasión. «Pero... ¿cómo van a venir a este pueblito?», le tranquilizaba él. Y, sin embargo, fueron.

Sonó el teléfono fijo de casa y respondió Carmen. «Era mi madre dando chillidos y yo pensé que se había caído», cuenta. Y entonces se lo dijo: «ETA ha matado a Paquito, hija». Realmente, el hombre estaba todavía en estado crítico. «Cogí el coche y salí pitando para el Hospital Mutua de Tarrasa». Allí murió a causa de las heridas. Tenía 46 años. Estaba casado y dejó dos hijas, una de 16 años y otra de 14.

La víspera de aquel día fatídico, el miembro de ETA Fernando García Jodrá colocó una bomba bajo el asiento de la furgoneta con



Francisco Cano, en una imagen cedida por la familia. e. c.

la que trabajaba Francisco. Le ayudó, según la sentencia de la Audiencia Nacional, Lierni Armerdaritz, que había forzado la puerta con un destornillador. «A la mañana notó algo raro, pero pensó que era cosa de niños, que habrían metido un palillo en la cerradu-

ra», cuenta María. El concejal del PP, que había salido de casa a las 7.45 horas, circuló durante horas por el municipio sin notar la bomba y en ese lapso llegó a trasladar a varios operarios de su empresa con él. También subió a su vehículo un hermano suyo.

¿Cómo era Francisco? «Muy amigo de sus amigos, muy futbolero, del Real Madrid. También fue directivo de dos pequeños equipos locales. No era hombre de bares, muy familiar, pero le gustaban las fiestas patronales. Y cazar, que solía ir a menudo». Puertas adentro «era un padrazo. Había sido un gran hijo y fue un gran padre», zanja su hermana. «La Encarnita fue su primera novia y con ella se casó y con ella estuvo hasta que la muerte los separó».

En casa de los Cano los dieciséis años son muy duros. A la cruel letanía del aniversario del crimen se suman otras desgracias. «Mi hermana murió un 20 de diciembre en un accidente. Los arrolló un tren. Ella, con 28 años, su marido con 30 y el niño de 3. Iban a pasar la Navidad a un pueblo de Valencia y se durmió el guardabarreras», se duele. El padre de Carmen y Francisco también falleció antes del crimen y en el mismo mes, con 50 años. «Duele mucho el aniversario», reconoce su hermana.

## Un monolito

Hay un centro municipal en Viladecavalls que lleva su nombre y tiene también «desde hace 23 años» una calle en la localidad jienense donde nació, La Carolina. En Tarrasa, en el lugar del atentado, erigieron un monolito en su memoria. Allí volvieron ayer con unas flores sus allegados y amigos, y celebraron una misa en su memoria en la iglesia de San Pedro.

Carmen tenía 42 años cuando le mataron. Los dos tenían mucha relación porque fueron los últimos en irse de casa. «Recuerdo que fuimos juntos a la nieve por primera vez. Y todavía guardo los guantes y el gorro», confiesa emocionándose. Ella se hizo del PP «como homenaje a él» y «hace poco pude conocer a Ayuso, que era un sueño, y darle un abrazo a Marimar Blanco, que también perdió a su hermano».

## Hasta el moño

ANTONIO RIVERA



Lo peor de esta 'septimana horribilis' para el Gobierno y su partido ha sido que el de enfrente se ha estado quieto y no ha sido capaz de generar la misma cantidad de casos deplorables. Siguiendo el buen juicio conservador 'marinista'—no toques lo que está bien— han oído por el silencio y por ver cómo su oponente se suicida solo (sic), sin dar más ruido llevándole la cicuta. El PSOE ha subido el nivel de lo soportable al añadir a la sucesión de casos de presunta corrupción otros de autoritarismo machista en sus propias estructu-

ras que no han sido respondidos ni con la celeridad ni con el rigor necesarios. El asunto ha abierto un auténtico 'me too' en ese partido, que amenaza con incrementar esta bola de nieve en los próximos días. Todo ello compone un escenario decadente, de fin de ciclo, donde formas y fondo confluyen, hasta poner a prueba a los militantes más pacientes y entregados. Ese rotundo «estoy hasta el moño» expresa el hartazgo y la falta de perspectiva de esos miles de afiliados que realizan su labor cotidiana con empeño y rigor, y que ven cómo algunos de los suyos

echan por tierra todos sus esfuerzos.

Pero no es un problema de buenos y malos, de decentes e indecentes. Estos últimos han prosperado conforme a las reglas oligárquicas de los partidos. Los 'señores' que hacen comentarios inaceptables son jefes de las estructuras locales o influyentes instalados en las máximas alturas decisorias. Por eso la tardanza y lenidad en decidir apartarlos, porque son ellos los llamados a poner y quitar personas, a decidir estrategias, y no a ser objeto de crítica y, finalmente, de censura. Son ellos los poderosos porque son la representación exterior o la clave interior de esas formaciones, y apartarlos supone desprovenerse de ese enorme patrimonio. Si debajo de ellos cada vez hay menos trama asociativa y si esta es cada

vez menos viva, menos decisiva, si el partido cada vez es más conjunto de selectos que legión de militantes, el resultado es que hay que pensarse seriamente si apartar al deslenguado y manoseador machirulo. Y quien dice de los machistas lo dice de los corruptos y pillos o de los acostumbrados a mandar sin oposición interna alguna.

La crisis es de una coherencia abrumadora porque es el resultado del partido que has acabado favoreciendo y del que has acabado desmontando. En esa elección oligárquica y no democrática, en esa confianza en los tuyos y solo por eso mejores, podías haber tenido solo compañeros de viaje decentes, pero esto no ocurre así nunca. La propia percepción de poder de esos individuos selectos y poderosos les hace corruptos o infa-

mes, porque se ven sin límites, sin objeción, sin un partido enfrente que les sople la nuca a cada paso. En ese singular mecanismo de selección en base a la lealtad ciega al jefe prosperan dirigentes y representantes incapaces o insolventes, porque no salen de la competición de méritos. Lo ve todo el mundo, no hace falta conocer las entretelas de las organizaciones ante tamañas evidencias, pero quienes les designan para que los soporíferos hacen como si no fuera así.

El final, tarde o temprano, es siempre el mismo. ¿Se acuerdan de los caretos de aquellos villanos del fin de ciclo socialista de los noventa? ¿Y de los del popular de mediados de los 2010? Es que hasta reproducen la fisonomía (Luis Roldán, Koldo García, aquel Juan Guerra). Como para que todavía nos sorprendan.